

FELICIDAD BAJO EL MAR

Juan Enrique Ossa se fascina teniendo litros y litros de agua encima suyo, buceando en medio de corales y especies marinas. Un pasatiempo que lo ha llevado a visitar variados lugares en el mundo y que le ha permitido, como beneficio extra, reunir a casi toda su familia en verdaderas expediciones subacuáticas.

POR **DIEGO TRUJILLO SALINAS** FOTOS **VIVI PELÁEZ**
AGRADECIMIENTOS **AQUARIUM SANTIAGO**



No hace mucho, Juan Enrique Ossa estaba en Quintay, a más de 30 metros bajo el mar, respirando acompañadamente gracias a un tanque de aire comprimido y un

regulador, y disfrutando de una de las grandes pasiones de su vida: el buceo.

Un rato antes, el dive master, como se le llama a quien dirige el grupo en esta práctica, le había asignado como pareja a un desconocido a la hora de sumergirse. Porque hay una regla en esta actividad: siempre ir de a dos, para que en caso de cualquier emergencia la persona tenga a alguien a quien acudir.

Juan Enrique bajó entonces a las profundidades y, de pronto, notó que su improvisado compañero empezaba un loco ascenso hacia la superficie, pese a que las recomendaciones lo prohíben tajantemente. “No sé si fue porque respiró muy rápido o le faltó carga de aire en su tanque, pero el dive master por señas me pidió que lo siguiera y yo ahí partí detrás tratando de agarrarle una pata”, recuerda risueño.

¿Por qué no lo siguió el propio líder? “No podía dejar solo al resto de la gente y optó por confiar en mi experiencia, aunque después me dijo: ‘compadre, te debo una’”, responde este ingeniero civil de la UC, dando cuenta de su experticia en una actividad de progresivo desarrollo en Chile, y que lo ha

llevado a recorrer las aguas submarinas de países como Cuba, Belice, Colombia y Australia, por nombrar sólo algunos.

Pero más que el hecho de viajar alrededor del mundo, lo que a él le gusta es el hecho de haber reunido a prácticamente toda su familia en torno a la actividad. Aunque su esposa tuvo que marginarse cuando descubrió que tenía problemas para compensar la presión en sus oídos, con el resto le fue mejor: tres de sus cuatro hijas siguieron sus pasos, certificándose con el sistema mundial PADI (Professional Association of Diving Instructors). Sólo a la mayor no le gusta, pues los dos varones, los más chicos de la familia, ya este verano se calzaron también el traje, las gualetas y un tanque de aire.

Nada de piscinas. Fue precisamente en el mar, mientras veraneaba siendo niño en el balneario de Cochoa, entre Reñaca y ConCón, donde su padre le enseñó a nadar y a capear olas a este socio de la CChC, Consejero Nacional quien actualmente participa activamente en el Comité de Contratistas Generales y en la Comisión de Infraestructura.

AVENTURAS SUBMARINAS

Como antes no se hacía tanto buceo en Chile, Juan Enrique buscaba “disculpas” para arrancarse a algún lugar del mundo donde tuviera ocasión de dar rienda suelta a su afición. Como cuando una de sus hijas se fue de intercambio a la Universidad de Brisbane, Australia.

“Entonces yo organicé una visita con mi



mujer y tomamos un avión desde ahí a Cairns, que está justo frente a la Gran Barrera, que si no es el mejor lugar del mundo para bucear es uno de los mejores”, cuenta. Como anécdota, recuerda que en esa oportunidad estuvo buceando y jugando con unas mantarrayas en el mismo lugar donde el famoso “Cazador de cocodrilos”, Steve Irwin, tuvo tiempo después el accidente que lo mató.

Pero una de las experiencias que más rememora fue el haber conocido junto a una de sus hijas, en Cozumel, México, frente a Cancún, lo que se conoce como “The Wall”, una pared donde la plataforma continental cae a más de 200 metros bajo el mar.

“Como el agua es muy clara, tienes la sensación de vértigo al asomarte y ver que estás flotando sobre un fondo que apenas ves con 100 metros de visibilidad y ahí empiezas a bajar, hasta los 40 metros que es el máximo para el buceo recreativo autónomo, para luego subir lentamente recorriendo cuevas”, relata.

¿Riesgos? Pocos. Dice que al practicar el

buceo se recibe instrucción y uno se da cuenta de que si hay una situación peligrosa hay que saber actuar: “no necesariamente tienes que salir arrancando, lo puedes manejar. Si tu partner tiene un problema con su equipo, hacen una salida programada compartiendo el aire, entonces hay una serie de normas que yo encuentro no lo hacen inseguro”.

Con lo que sí hay que tener cuidado es con las alergias. Juan Enrique había revisado en libros los tipos de corales, y había escuchado hablar del llamado “coral de fuego”, por lo que estando en Cuba no se sorprendió cuando su instructor le advirtió de su presencia. Como allá, a diferencia de Chile las aguas son cálidas, no hay necesidad de usar guantes ni gruesos trajes, y basta con uno de neoprén corto.

El problema es que ese atuendo caribeño brinda menos protección contra las rocas. O los corales, especialmente si son “de fuego”: “al darme la vuelta pasé a llevar uno y sentí algo. Cuando salí era exactamente igual que me hubieran apagado un cigarrillo en la pierna, una quemadura que

después se infectó”, cuenta.

Gajes del oficio, o del pasatiempo. Soñando, dice que le gustaría lanzarse a las profundidades del Mar Rojo, porque le han hablado maravillas de sus aguas cristalinas y su diversidad biológica. Mientras, planifica un viaje a las islas griegas con su mujer, una especie de segunda luna de miel con una escala obligada en centros de buceo del mediterráneo.

Cuando se le pregunta qué características debe tener un buen buzo, en cuanto a personalidad recalca que no debe ser una persona muy ansiosa: “Tal vez me equivoco, pero siento que una persona así puede ser medio claustrofóbica y obviamente estar metido con 30 metros de agua arriba y respirando acompasadamente por la boca, sin usar la nariz, todo podría generarle alguna sensación de angustia. Creo que uno tiene que tener una personalidad relajada, un temperamento confiado y lo otro es la rigurosidad y meticulosidad cuando armas y chequeas tu equipo, lo que creo que en parte me lo dá mi formación de ingeniero”. **EC**